

TEMA 4. MARX Y LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

– La crítica de la economía política clásica antes de Marx

Romanticismo y crítica de la economía política. La economía política clásica, como paradigma dominante del pensamiento económico desde mediados del siglo XVIII hasta 1870, conoció sucesivos ataques antes que Marx elaborara su crítica sistemática en la década de 1860. Las corrientes más importantes que cuestionaron el paradigma clásico fueron los teóricos de las crisis del capitalismo, el socialismo utópico, el socialismo ricardiano y la vieja escuela histórica alemana. La mayor parte de los autores adscritos a estas corrientes escribieron bajo la influencia del romanticismo, una reacción estética y moral contra la Ilustración y la revolución industrial entre cuyos inspiradores hay que destacar a Kant y Rousseau. El primero aportó un nuevo sistema ético, alternativo al utilitarismo: para Kant el valor moral de una acción no está determinado por su fin o consecuencia, como pensaban Hume o Bentham, sino por el motivo. Así, frente al eudemonismo y consecuencialismo de los utilitaristas (basado en la búsqueda de la felicidad=bienestar=utilidad como fin último), Kant propone una moral deontológica, del deber, basada en el imperativo categórico, principio según el cual las personas deben ser tratadas como fines, no como medios o cosas (si una persona actúa de un modo que no quiere que actúen los demás los utiliza egoístamente como medios para sus fines, por lo que el comportamiento de una persona debe ser tal que quisiera convertirlo en ley universal). A partir de estos ingredientes, el romanticismo alcanzó un enorme éxito por su replanteamiento del papel del individuo en la sociedad: el individuo forma parte de una entidad mayor (la voluntad general, la raza, la nación, la clase) que tiene una vida propia (como de si un organismo biológico se tratara, de ahí el nombre de organicismo con el que se conoce esta posición) diferente de la mera suma de los individuos que la integran y cuyos intereses deben estar subordinados a los de esa entidad. Por su parte, Rousseau fue uno de los primeros en cuestionar la idea de progreso y estaba convencido de que la conducta humana estaba gobernada por la pasión más que por la razón. Sus ideas en economía política consistían en limitar el derecho de propiedad con el fin de hacer efectiva su generalización y que el Estado formara ciudadanos libres y patrióticos, pensando en una república democrática de pequeños propietarios agrícolas, donde la ley sería la expresión de la voluntad general, entendida no como la mera suma de las voluntades individuales sino como un entidad superior a ellas que vela por el bien común (Macpherson 1981: 26-31; Giner 1982: 380-381; Morfaux 1985: 96, 130, 160-161, 209, 240-241, 291; Stromberg 1991: 47-55, 60-79, 84-89, 112-113; Baczko 1992: 78; Cranston 1997: 12, 20, 23, 29, 31, 35-36, 51-52; Gordon 1995: 292-295; Thiebaut 1998: 22-23, 29, 34, 46).

Los teóricos de las crisis del capitalismo. El principal de ellos fue el economista suizo Sismondi, que, siendo inicialmente un fervoroso discípulo de Adam Smith, se apartó de la ortodoxia clásica por su rechazo del utilitarismo. Sismondi, en su obra *Nuevos principios de economía política* (1819) llegó a conclusiones muy parecidas a las de Malthus en su análisis de la ley de Say. El equilibrio entre la producción y el consumo no tiene por qué producirse en todos los casos porque tanto los dueños del fondo de salarios como el sector público pueden invertir menos de lo que se necesita para emplear a todos los trabajadores y desatar la crisis de subconsumo porque la desigual distribución del ingreso provoca una insuficiencia de la demanda: así el exceso de capacidad productiva en una economía capitalista es tan posible como probable. Pero la solución de Sismondi a esta crisis difiere radicalmente de la de Malthus: en vez de redistribuir la riqueza desde los capitalistas hacia los terratenientes, se trata de hacerlo desde los capitalistas y los terratenientes hacia los trabajadores, mediante la universalización de la propiedad y el aumento de los salarios por intervención del Estado (como más tarde defendió Mill). Sismondi identificó las causas de la explotación en la separación de los trabajadores del producto de su trabajo por la lógica de la producción para el intercambio y no para el uso, por lo que propuso una vuelta a la economía preindustrial y precapitalista que le emparenta con Rousseau y con el rechazo romántico del industrialismo de Proudhon (otro teórico de las crisis cíclicas y fundador del anarquismo). En la formulación de las ideas sobre las crisis cíclicas Sismondi elaboró la primera teoría del equilibrio agregado del ingreso y el primer modelo algebraico de crecimiento, que anticipa los esquemas de reproducción de Marx. También estableció la noción, que después retomaría Marx, de lucha de clases entre el “proletariado” (término que inventó) y el capital, cuya tendencia a la concentración, paralela al empobrecimiento de los trabajadores, creyó identificar. Las críticas de Sismondi al sistema capitalista (que él llamaba el sistema industrial) se dirigieron contra su ineficiencia y coincidieron así con el principal socialista utópico inglés Robert Owen (Rousseau 1755: 3-9, 13-35, 44-46, 52-54; Sotiroff 1974: 674; Sowell 1987: 348-350; Bartoli 1987: 1035-1037; Argemí 1987: 157-160; Stromberg 1991: 117; Ekelund y Hérbert 1991: 252-254; Dobb 1974: 744; Falkus 1987: 218-219; Galbraith 1989: 112; Screpanti y Zamagni 1997: 134-135; Cabrillo 1997: 5; King 2003: 185; Vaggi y Groenewegen 2003: 122-123).

Socialismo utópico y ricardiano. El término socialismo apareció en Inglaterra en la década de 1820 pero se popularizó, igual que el de comunismo, en Francia en la década siguiente. La reflexión socialista parte de la idea de abolir la relación social entre el capital y el trabajo, con el fin de liberar a

los trabajadores de la dependencia respecto a las clases propietarias. Este proyecto de liberación tenía dos caras: por una parte, abolir el beneficio y el capital, por otra, abolir el salario y el trabajo asalariado. En el primer caso, se da más importancia a la explotación capitalista; en el segundo a la alienación del trabajo. En el primero se aspira a una sociedad ideal que asegure la justicia distributiva; en el segundo, a una sociedad nueva que asegure la autorrealización personal. Fue Marx quien tuvo la idea de interpretar esta dualidad en términos de fases históricas sucesivas. El socialismo sería una etapa de transición hacia un destino superior, el comunismo, en el que la propiedad privada, la familia y el Estado dejan de existir y cada cual recibe de acuerdo a sus necesidades. La denominación socialismo utópico fue acuñada por Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista* (1848) para designar las obras de Saint-Simon, Fourier y Owen, publicadas en el primer tercio del siglo XIX, aunque el pensamiento utópico socialista puede remontarse hasta la *Utopía* de Tomás Moro (1516) e incluso hasta *La República* de Platón. Estos tres autores, pese a sus diferencias, tienen varios puntos en común: consideran que la persecución de los intereses egoístas y la competencia no conduce a la armonía, sino que genera desigualdades y conflictos entre clases; proponen alcanzar esa anhelada armonía social mediante la educación y experimentos basados en la cooperación, que confían en que el Estado acabe asumiendo y difundiendo como propios; no cuestionan la propiedad privada, pero insisten en introducir reformas en el actual sistema de propiedad limitándolo con el fin de generalizarlo; y defienden la igualdad de derechos para las mujeres.

El francés Saint-Simon fue el primero en afirmar que el conflicto entre clases constituye la gran fuerza dinámica de la evolución social. Asimismo, elaboró los fundamentos del positivismo, que su discípulo Comte sistematizaría después y que como enfoque metodológico se oponía al de la economía política ricardiana por su énfasis en el análisis histórico, por la concepción de la economía como ciencia subordinada a una ciencia social global, por el referente de la biología en vez de la física como canon científico (la sociedad se considera como un organismo) y por su holismo metodológico, dos muestras claras de la influencia romántica. Saint-Simon criticó el sistema capitalista por su ineficiencia y propuso la concentración de la toma de decisiones en manos de una élite de técnicos e industriales (en coherencia con su defensa de la producción a gran escala), lo que anticipa la idea de la planificación tecnocrática. En el extremo contrario de la organización de la economía se sitúa el también francés Fourier. Éste llevó al límite las implicaciones morales del socialismo utópico con su teoría de que el mundo social está gobernado por la “atracción pasional” y que la transformación de la sociedad pasa

no sólo por una reorganización económica sino también moral. El sistema capitalista con sus instituciones clave –el trabajo asalariado y el matrimonio– reprime las pasiones cuando de lo que se trata, según Fourier, es de estimularlas para alcanzar la felicidad mediante la cooperación. Primero, a través de un estadio intermedio, el garantismo, en el que el Estado se encarga de establecer un sistema general de protección social que impide la dependencia de los individuos de la empresa privada. Y luego en el estadio final, la Armonía Universal, en el que la sociedad está organizada en pequeñas comunidades (falansterios) dedicadas a actividades predominantemente agrícolas (otra de las muchas reminiscencias rousseauianas de este autor): el matrimonio y la familia, instituciones que oprimen a las mujeres, quedan disueltos y el trabajo resulta atractivo gracias a que cada miembro de las mismas es un propietario cooperativo que recibe como ingreso una participación en los beneficios de la producción, a cambio de desarrollar su labor de acuerdo con sus inclinaciones naturales. La noción de que el Estado debe garantizar el derecho al trabajo a todos los ciudadanos, puesta en circulación por los discípulos de Fourier, tuvo un gran impacto posterior y es el germen de la noción de Estado del bienestar. Finalmente, el pensamiento de Fourier resulta importante por la denuncia de los efectos alienantes que provoca la división técnica del trabajo en el sistema de fábrica donde los trabajadores son meros asalariados (aunque Fourier no utilizó el concepto hegeliano de alienación sino el de “fragmentación”), el tópico por donde empezó Marx su crítica de la economía política.

La tercera figura del socialismo utópico fue el inglés Robert Owen, un próspero industrial, amigo de Bentham, y defensor del principio de la mayor felicidad para el mayor número, si bien Owen consideraba que para alcanzar ese objetivo no sólo había que cambiar la legislación sino también las condiciones de vida de los trabajadores. Sin llegar a las extravagancias de Fourier, Owen consideraba que el capitalismo era ineficiente (crisis cíclicas) y resultaba incapaz de desarrollar todo el potencial de los trabajadores. Desde la fábrica de algodón de New Lanark, de la que era socio y gerente, Owen impulsó varias reformas en esa dirección: redujo el trabajo infantil, disminuyó la duración de la jornada de los adultos a diez horas y media, elevó los salarios, creó un seguro de desempleo e invirtió en mejorar las condiciones de vivienda de sus empleados y en la educación de los niños, lo que reportó un aumento de los beneficios para la empresa y toda la comunidad y dio a Owen una gran fama en Europa. Owen publicó sus experiencias y se dirigió al gobierno inglés para que fundara colonias que siguieran los mismos principios como remedio contra el desempleo de la posguerra, obteniendo apoyos tan significativos como el de Ricardo, pero sus proclamas en favor de la cooperación y del

trabajo como única fuente del valor y sus críticas contra la libre empresa y la religión acabaron enfrentándole a las autoridades. No obstante, sus ideas fueron acogidas por una parte de los socialistas ricardianos y los fundadores de las *Trade Unions*, impulsando el movimiento cooperativista (Engels 1892: 32-33, 39, 41-42; McLellan 1972: 260; Dobb 1974: 742-743; Lichtheim 1975: 59, 62, 87; Giner 1982: 461-488; Bottomore 1984: 34, 625, 685-686; 1987: 134; Claeys 1987: 783-785; Mandel 1987a: 512; Nove 1987: 398-399; Martel 1974: 421-423; Tribe 1987a: 253; Ekelund 1987: 562; Wolff 1987a: 252-253; 1987b: 414; Poulat 1974: 25; Massari 1980: 73-74; Mailler 1980: 211, 214, 224-225; Thompson 1987a: 785; Bartoli 1987: 1036; Galbraith 1989: 113; Ekelund y Hérbert 1991: 249-251, 257-264; Goulemot 1992: 46; Bras-Chopard 1992: 159-163; Rima 1995: 217; Gordon 1995: 304, 307-308, 310; Screpanti y Zamagni 1997: 132-134; Samuels 2003: 205; King 2003: 185).

Los socialistas ricardianos fueron un grupo de economistas británicos que influyeron en el movimiento obrero inglés en las décadas de 1820 a 1840. Todos ellos partían de una interpretación de la teoría de Ricardo donde el trabajo es identificado como la única fuente del valor y se invoca, siguiendo a Locke, como un derecho natural (el derecho a los frutos del propio trabajo), por lo que reclamaban todo el producto para el trabajo y un sistema de vales de trabajo que sustituyera al dinero. Los socialistas ricardianos negaban el supuesto de la teoría de Malthus de que la naturaleza imponía severas restricciones al progreso material, por el contrario, tales restricciones provenían del sistema capitalista en el que las clases propietarias improductivas sometían a los trabajadores, por medio del control del poder político y de los medios de producción, a un “intercambio desigual”, a un verdadero “robo legalizado”. Dentro de los socialistas ricardianos se pueden distinguir dos grupos: los economistas anticapitalistas, que fueron los que mayor influjo ejercieron sobre Marx, y los socialistas cooperativos simpatizantes de las ideas de Owen. De todos ellos el más relevante fue Thomas Hodgskin, que distinguió entre la propiedad debida al propio trabajo (como derecho natural) y el poder de apropiarse del producto del trabajo (un derecho legal o artificial resultado del ejercicio de la violencia, el sistema vigente de propiedad bajo el capitalismo, que niega, como planteó Proudhon más tarde, el principal derecho natural). Para Hodgskin la teoría del fondo de salarios es una mera ficción destinada a justificar el beneficio y a ocultar la explotación de los trabajadores, que él, como todos los socialistas ricardianos, situó en la esfera del intercambio, a diferencia de Marx, que lo haría después en la esfera de la producción. En el conflicto entre el capital y el trabajo, Hodgskin considera que el movimiento cooperativo no es la solución, por lo que alentó a los trabajadores a incorporarse a los

sindicatos para luchar políticamente. Y, por último, estimó que la presión de la población no tiene por qué llevar a un empobrecimiento de los trabajadores, sino que puede resultar un estímulo por el lado de la demanda para el progreso tecnológico (Blaug 1973: 234-240; Dobb 1974: 743-744; Bose 1976: 57; Guinzburg 1987: 179-182; O'Brien 1987: 96; Thompson 1987b: 632-633; 1987c: 274; 1987d: 562-563; 1987e: 666-667; Screpanti y Zamagni 1997: 136-137; King 2003: 185).

La escuela histórica alemana. El inspirador de esta escuela fue Friedrich List. List compartió con los románticos la idea de la superioridad de la nación (los intereses colectivos) sobre los individuos. A la vez fue el gran defensor de la unión aduanera (y, por tanto, de la libertad de comercio) de todos los territorios que conformaban el antiguo imperio germánico, lo que le costó la prisión y su deportación a Estados Unidos, donde tomó contacto con la obra de Alexander Hamilton, en la que se defendía el proteccionismo con el argumento de la industria infantil o naciente. En 1841 publicó su obra fundamental, *Sistema nacional de economía política*. En ella critica la doctrina del libre comercio (que List denomina economía política cosmopolita) por ser una mera justificación de los intereses industriales de Gran Bretaña y de su ventaja inicial, que servía para confinar en una situación de atraso a un país como Alemania (donde las exportaciones baratas inglesas estaban devastando la industria doméstica tradicional). List, al igual que Hamilton, identificó la industrialización como el estadio económico superior y propuso la idea, que luego influyó en la escuela histórica alemana, de que cada etapa de desarrollo requiere una doctrina económica diferente, frente al absolutismo que propugnaban los seguidores de Ricardo. Según List, para alcanzar la etapa final de desarrollo de Inglaterra se necesitan medidas de intervención estatal entre las que destaca la protección de las industrias nacientes. La protección, según List, no es útil para un país que se encuentra en la etapa inicial o primitiva de su desarrollo ni tampoco para el que está en la etapa final, pero sí en una situación intermedia como Alemania. Por tanto, la protección arancelaria debe ser transitoria y se considera como un coste de aprendizaje de la industria que compensa la pérdida para los consumidores con los efectos de arrastre sobre la agricultura y el desarrollo de lo que List bautizó como “fuerzas productivas”. Una vez que se alcance un grado de competitividad internacional suficiente, los aranceles protectores deben ser retirados y el libre comercio se convierte en la regla (Giner 1982: 387-388; Caton 1985: 845-849; Bonar 1987: 317; Reich 1987a: 561; Spiegel 1987a: 587; 1987b: 597; 1987c: 370; 1987b: 597; Meier 1987: 829; Tribe 1987b: 217; Montani 1987: 1009-1010; Schinzinger 1987: 516; Surányi-Unger 1974: 749-750; Salin y Frey 1974: 659-660; Bellamy 1987: 635; Galbraith 1989: 106-108; Ekelund y Hérbert

1991: 255-256; Screpanti y Zamagni 1997: 103; Tribe 2003: 219).

Bajo la influencia de List, la escuela histórica tuvo su desarrollo en las décadas de 1840 a 1860. Las discrepancias fundamentales de la escuela histórica alemana con la economía política británica residen en el método y en el objeto de la investigación, así como en las medidas de política económica. Los historiadores economistas alemanes, igual que Marx, niegan la existencia de leyes naturales en economía, rechazan el método deductivo y abstracto ricardiano y el enfoque individualista metodológico de los utilitaristas; su alternativa es el método inductivo y comparativo, la investigación histórica y estadística –mediante la cual se podría en el futuro establecer las leyes de la evolución histórica de los pueblos, o pautas de desarrollo de las diferentes naciones–, así como una visión holista y organicista de la sociedad donde el comportamiento del individuo está mediatizado por el entorno económico, institucional y cultural cambiante al que pertenece, entorno que debe especificarse. Frente al libre comercio y el Estado moderadamente intervencionista que defienden la mayor parte de los economistas británicos, la escuela histórica postula el proteccionismo y la intervención estatal en una escala muy superior (Schinzinger 1987: 516-517; Schefold 1987a: 221; 1987b: 55; Reich 1987b: 656; Surányi-Unger 1974: 750; Ekelund y Hérbert 1991: 265-268, 476; Maloney 1987: 146-147; Gregory: 1987: 1035-1036; Argemí 1987: 233; Gordon 1995: 226; Screpanti y Zamagni 1997: 103-104, 137-138; Tribe 2003: 219-220).

– La teoría (de la historia) económica de Karl Marx

La influencia de Hegel: el materialismo dialéctico y la alienación del trabajo. Marx nació en una de las regiones más desarrolladas de Alemania en el seno de una familia de clase media de posiciones ilustradas y liberales. Estudió filosofía y, tras ser rechazado para una plaza de catedrático en la Universidad de Bonn por sus ideas ateas, empezó a trabajar como redactor en el periódico de la oposición liberal a los terratenientes prusianos. Hasta entonces, la principal influencia de Marx fue la filosofía idealista de Hegel a la que acabó “poniendo cabeza abajo”, para conservar de la misma el método dialéctico del maestro. El método dialéctico contiene tres elementos que se remontan a la larga historia de este enfoque filosófico. El primero alude a la idea expresada por Heráclito (siglo V a.C.) de que la realidad es un estado de movimiento y cambio continuos. La dialéctica también es un tipo de discurso en el que el filósofo presenta sus argumentos en forma de conversación entre dos o más individuos que mantienen puntos de vista opuestos. Platón lo utilizó en *La República* como una forma

de investigación (este es el tercer elemento) para descubrir el conocimiento verdadero o conocimiento de las “formas puras” o universales de las cosas, las ideas, que para él constituían la única realidad frente a las percepciones sensoriales que eran meras apariencias. Su discípulo Aristóteles buscó esas formas puras en las propiedades esenciales (permanentes e invariables) de los fenómenos, propiedades que, por definición, cumplen fines o funciones. A partir del siglo XVII, con el progreso de las ciencias naturales, de la dialéctica sólo quedó en pie la noción del carácter no estático de la realidad porque enlazaba con la idea de progreso. Hegel, sin embargo, supo ver la potencialidad del esencialismo aristotélico aplicado a las ciencias sociales: para entender las ideas había que estudiar sus orígenes y su *telos* o fin. Así, el idealismo dialéctico de Hegel se distingue de otras corrientes idealistas anteriores (por ejemplo el racionalismo de Descartes o el idealismo trascendental de Kant) en que la razón no es el punto de partida del conocimiento sino su término o resultado final. Igual que Platón, Hegel considera que las ideas son la única realidad verdadera (todo lo que es real es racional y al contrario) y el progreso del conocimiento hacia la razón se produce a través del enfrentamiento de ideas en cadena: a una idea o tesis se le opone otra en forma de antítesis, que da como resultado una modificación de ambas en una nueva síntesis superadora, la cual enlaza como tesis con la siguiente cadena de ideas. Para Hegel, el Estado es la materialización de la razón como síntesis superadora del progreso de las ideas (por eso el Estado hegeliano encarna el interés general de la sociedad), por lo que su filosofía aporta una teoría de la necesidad histórica del Estado de consecuencias políticas bastantes inmediatas: Alemania, que no era un Estado-nacional, necesitaba ser un Estado y acabaría siéndolo.

Hegel no era un reaccionario pero es indudable que su filosofía podía ser interpretada en clave conservadora: si todo lo real es racional y la historia tiene un fin definido, todo lo que ha ocurrido ha sido para mejor e incluso la religión se puede concebir como prefiguradora del pensamiento filosófico. Los reaccionarios alemanes de la Escuela Histórica del Derecho, para quienes el derecho se funda en las costumbres y no en códigos o leyes positivas, encontraron en la interpretación conservadora de Hegel una cobertura de los intereses de los terratenientes. En vista de ello, los discípulos de Hegel, los llamados Jóvenes Hegelianos o hegelianos de izquierda, desempeñaron en Alemania el mismo papel que los radicales filosóficos en Inglaterra: fueron la vanguardia de los liberales en su lucha contra la reacción. En ese combate invirtieron el idealismo del maestro, preservando su método dialéctico con el fin de convertirlo en un materialismo dialéctico (es decir, crítico, que detectaba posibles inconsistencias y contradicciones) cada vez más incómodo para la autoritaria monarquía prusiana: sólo lo racional

debía ser real. Siguiendo el estilo dialéctico de la aproximación progresiva, Marx mostró en sus primeros artículos en la *Gaceta Renana* (periódico en el que participaba List) que si la religión es una falsa conciencia que separa (aliena) a los seres humanos de la realidad, el Estado cumple la misma función: es un instrumento al servicio de los intereses de los terratenientes. El gobierno amenazó con el cierre del periódico si no se moderaban estas críticas de los hegelianos y Marx finalmente renunció a su puesto de redactor jefe y se trasladó a París, donde editó una nueva publicación libre de la censura prusiana en la que muestra su decepción con el liberalismo y la concepción autónoma del Estado de Hegel: el Estado es un mero reflejo de los intereses de la sociedad civil, y, por ende, en cada etapa histórica (incluido el capitalismo) sólo representa los intereses de la clase económica dominante (McLellan 1972: 18-19, 35, 117-120, 138, 144, 158, 166-167, 312; 1977: 10-16, 24 y ss.; Rojo 1983: 24-29; Vermal y Atienza 1983: 9-14, 21; Spiegel 1987b: 598; Bottomore 1984: 24-25, 176, 254, 284, 379, 360-362, 426, 485, 521, 705; Morfaux 1985: 18, 82-83, 160; Mandel 1987b: 367-368; Stromberg 1991: 123-136, 221-222; Ekelund y Hérbert 1991: 277-278; Larrère 1992: 179, 182; Soubbotnik 1992: 189-191; Löwy 1992a: 194-195; 1992b: 206; Rima 1995: 214-215; Gordon 1995: 40-41, 337, 404-406; Thiebaut 1998: 19, 101; Landreth y Colander 1998: 175; Reuten 2003: 152-153).

En París, Marx evolucionó rápidamente desde el liberalismo hacia posiciones comunistas: de lo que se trataba no es de analizar la realidad, sino de cambiarla. Además de la emancipación política (la libertad negativa, es decir, la libertad como garantía de un ámbito privado en el que el Estado no puede interferir y que presupone la igualdad ante la ley) es necesario conseguir la emancipación humana (la libertad positiva, la libertad como capacidad de los seres humanos para alcanzar su autorrealización, libertad que presupone no sólo la igualdad ante la ley, sino también la igualdad efectiva). Así, la crítica de Marx al Estado deja paso a la crítica de la sociedad civil y a su elemento constitutivo, la economía política. En el prólogo a los *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844 (que no se publicaron hasta 1932), Marx anunció un estudio sistemático del derecho, la moral, la política y la economía que debía acabar con un tratado general en el que todas estas disciplinas quedaran interrelacionadas y empezó su análisis con la crítica de la economía política por el tema de la alienación del trabajo. El término, que procede de Hegel, es ambiguo porque puede utilizarse para aludir a un fenómeno psicológico que admite diversos grados (desde estar aislado del resto de los miembros de la sociedad o de un grupo social, a ser ajeno a la propia realidad, es decir, estar literalmente enajenado o carecer de conciencia de la propia situación) y puede utilizarse también para definir un fenómeno legal de transferencia de

derechos de propiedad. Según Marx, la fuente principal de la alienación humana no está en la religión, aunque la religión, como pensaban los hegelianos de izquierda, también es alienante, “es el opio del pueblo”. La fuente principal de la alienación está en el trabajo tal y como se concibe bajo el sistema capitalista: como trabajo asalariado y sometido a las reglas de la división técnica del proceso de trabajo. El argumento de Marx se basa en mezclar los conceptos de Smith con los de Hegel. Con la división del trabajo, los obreros se especializan cada vez más en una sola tarea y pierden cualificación, lo que restringe su movilidad funcional y mantiene su salario por debajo de la tasa natural. Además, con el trabajo asalariado el trabajador está alienado (separado y/o expropiado) de los medios de producción con los que opera y del producto de su trabajo: no es propietario de ellos, sino que ambos son propiedad exclusiva del capitalista. El trabajo, así, se convierte en una simple mercancía y todas las relaciones humanas se reducen a relaciones monetarias, es decir, a relaciones entre cosas: en términos hegelianos, se reifican o cosifican. El trabajo asalariado y la división técnica del trabajo anulan el deseo de crear del ser humano, que para Marx es el elemento fundamental de su naturaleza, y todas las facultades humanas se reducen a una sola, el deseo de poseer. Por tanto, el progreso del género humano se ve impedido por las reglas de juego capitalistas y por quien tiene que vigilar que se cumplan (el Estado), lo que enlaza con la condena en términos kantianos del capitalismo (porque en él las personas son tratadas como cosas) y con el ideal romántico de que cada individuo pueda alcanzar su autorrealización personal por medio del desarrollo del potencial creador y artístico. Ese objetivo sólo es posible en una sociedad comunista, sin Estado, clases sociales ni propiedad privada, donde cada uno contribuye al proceso económico de acuerdo con su capacidad pero consume según sus necesidades. Marx, como Mill, representa el individualismo progresivo que se opone al individualismo posesivo de los utilitaristas por motivos muy cercanos a los del movimiento romántico. Pero Marx se diferencia de Mill y los románticos en que el tono de su crítica es materialista y dialéctico. Para Marx, las categorías de la economía política clásica, que son históricamente contingentes, resultan incapaces de penetrar en la realidad profunda que esconde el hecho de que, bajo el sistema capitalista, el trabajador está más alienado cuanto más productivo resulta su trabajo al someterse a la división técnica del proceso de trabajo. En definitiva, la economía política clásica es, igual que la religión, una ideología (una construcción mental destinada a ocultar la verdadera realidad) al servicio de la clase dominante, donde el dinero y el mercado son lo que Dios y el cielo a la religión (McLellan 1972: 204-207, 229-230, 239, 264-268, 280-290; 106-111, 122-151; Rojo 1983: 32-34; Bottomore 1984: 242-243, 256,

263-264, 381, 485, 640, 644; Bharadwaj 1987a: 830-831; Macpherson 1987: 791-792; Ekelund y Hérbert 1991: 282-283; Löwy 1992a: 197; Gordon 1995: 354, 357-363, 410; Landreth y Colander 1998: 173, 179; Backhouse 2002: 157).

La influencia de Engels: la teoría del materialismo histórico y la restauración de la idea de progreso. En esta evolución desde el liberalismo hacia el comunismo del pensamiento de Marx desempeñó una papel fundamental la influencia y posterior amistad de Engels, que le convenció de la necesidad de estudiar sistemáticamente economía política. Engels era hijo de un empresario textil de Westfalia y también perteneció a los Jóvenes Hegelianos. Para atemperar sus ideales, su padre le envió a una fábrica que la familia poseía en Manchester, donde Engels entró en contacto con los movimientos sindicales y se dedicó al estudio de las obras de Smith, Ricardo y Malthus. En 1844, publicó en la revista editada por Marx en París un artículo titulado “Esbozo de una crítica de la Economía Política”, en el que plantea tres ideas que luego retomaría Marx: la contingencia histórica de las teorías de la economía política y su función justificadora de la propiedad privada y la explotación; la visión del capitalismo como un sistema sometido a crisis periódicas de intensidad creciente, que, a través de la polarización social, llevarían a un enfrentamiento revolucionario entre propietarios y proletarios; y la importancia del progreso tecnológico para el logro de un volumen de producción capaz de satisfacer las necesidades humanas y hacer posible con el tiempo la abolición de la propiedad privada y el Estado. Fruto de su experiencia en Manchester, Engels publicó en 1845 *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, que revela en términos muy duros las condiciones de vida de los trabajadores, señalándoles como el instrumento de transformación revolucionaria de la sociedad, en lo que fue la primera aproximación a la teoría del materialismo histórico. Pero una gran parte de los supuestos de esta teoría tienen que ver con la experiencia y percepción limitada de Engels de la situación de los obreros de Manchester, una ciudad en modo alguno representativa del mundo industrial británico o europeo. Así, la visión de Engels del capitalismo y de la clase obrera a través de Manchester llevaron a sobrevalorar tanto el efecto empobrecedor del capitalismo como el papel revolucionario del proletariado, dos supuestos fuertes de la teoría marxista (McLellan 1972: 131-132, 218, 221-222, 231-232; 1977: 64, 90-91, 104-108, 114-121, 126-127, 153-156, 195-201, 209, 219-258; Rojo 1983: 28-31; Vermal y Atienza 1983: 21; Bottomore 1984: 150, 157-158, 254, 267, 284, 419, 485-486, 489, 552-553, 656, 675-676; Mandel 1987a: 512; Stromberg 1991: 215; Löwy 1992a: 197-198; Boyer 1998: 152-163, 167-168).

En 1845, Marx fue expulsado de Francia por presiones del gobierno prusiano y se trasladó junto con Engels a Bruselas. Dos años después ambos ingresaron en la organización de los trabajadores alemanes en el exilio, que les encargó a ambos la redacción de un programa político, aparecido en 1848 con el título de *Manifiesto Comunista*. El *Manifiesto* coincidió con una nueva ola de revoluciones democráticas en toda Europa continental que retomaban los ideales de la Revolución francesa. Pero el *Manifiesto* iba mucho más allá de la democracia y el liberalismo, ya que contenía un programa destinado a facilitar la transición a la futura sociedad comunista y terminaba con un llamamiento internacionalista a la unión de los obreros de todos los países para derribar el capitalismo, cuyo final consideraban inminente. Pero la revolución de 1848 fracasó en todas partes y ambos tuvieron que emigrar a Inglaterra. La derrota de la revolución provocó un profundo desencanto político del pensamiento socialista con respecto a la democracia como causa revolucionaria y puso fin a la estética de la rebeldía romántica voluntarista. En ese contexto, se fue imponiendo una nueva visión de la evolución de la sociedad que restauró sobre bases científicas la idea de progreso. En Francia, tras el experimento socialista de 1848, el positivismo de Comte tuvo una gran acogida entre el *establishment* con su teoría de que la sociedad industrial correspondía al tercer y último estadio del progreso del conocimiento (el llamado estadio positivo), que él relacionaba con un incremento de la cohesión social y con el comportamiento altruista. Pero el máximo exponente del nuevo pensamiento científico fue el británico Darwin. En su libro *El origen de las especies por medio de la selección natural o la preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida* (1859) postulaba que sólo los individuos más aptos sobreviven en la lucha por la existencia, y que la vida evoluciona de manera gradual desde los organismos inferiores a los superiores. Su teoría se utilizó inmediatamente para acreditar como científicas determinadas visiones de la sociedad, como el darwinismo social y el materialismo histórico. El darwinismo social de Herbert Spencer recurrió a Darwin para legitimar la ideología de la competencia y del *laissez-faire* y utilizó su evolucionismo para defender pequeñas reformas sociales en oposición a la revolución. Marx, en cambio, vio en la lucha por la existencia una justificación de su teoría de la lucha de clases y se sirvió del evolucionismo para ilustrar la existencia de períodos estables durante los cuales se acumulan las contradicciones a los que siguen períodos revolucionarios en los que los sistemas menos eficaces son sustituidos por otros más eficaces de “orden superior” (Lichtheim 1975: 72-73; McLellan 1977: 397, 487-488; Stromberg 1991: 144, 163, 165, 171, 194, 203; Oldroyd 1993: 266; Gordon 1995: 355,-356, 536-540, 544).

La teoría del materialismo histórico forma parte, así, de esa recuperación de la idea de progreso que tuvo lugar tras el fracaso de la revolución de 1848. Con esta teoría, que se ha considerado la principal contribución de Marx a las ciencias sociales, intentó construir una ciencia social unificada. El materialismo histórico es una mezcla de la teoría de las etapas de la Ilustración escocesa (vinculada al empirismo) y de la dialéctica hegeliana. El materialismo histórico se ha definido como una teoría determinista, materialista, esencialista y teleológica. El concepto de determinismo tiene dos sentidos: el primero excluye la voluntad del individuo; el segundo alude a que los fenómenos están gobernados por leyes causales y, por tanto, son predecibles. La teoría del materialismo histórico es determinista en este segundo sentido, ya que Marx asume el problema de la agencia: fue un dualista metodológico y no un holista como a veces se supone. Sin embargo, sigue en pie que el materialismo histórico sea una teoría materialista –porque lo económico determina a largo plazo la evolución histórica– y esencialista y teleológico –porque está construido con conceptos esencialistas (clases sociales y etapas históricas que cumplen funciones o fines) y en él la historia tiene un fin o *telos* (el comunismo).

La formulación de la teoría del materialismo histórico se encuentra en las primeras páginas de la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) que contiene el plan de trabajo de la crítica de las categorías de los economistas políticos clásicos (capital, propiedad del suelo, trabajo asalariado, Estado, comercio internacional y mercado mundial) y pretendía ser a la ciencia social lo que la teoría de la evolución para la ciencia natural. El materialismo histórico postula que el motor de la historia no está en el campo del debate de las ideas sino el campo de la lucha de clases. Como la adscripción de los individuos a una determinada clase se realiza en función de cómo satisfacen sus necesidades materiales (lo que a nivel microeconómico Marx denomina proceso de trabajo y a nivel macroeconómico modo de producción), es evidente que lo que mueve la historia es el enfrentamiento por el excedente. El concepto de modo de producción es un concepto abstracto, que sirvió a Marx para desarrollar su teoría de las etapas históricas. Y cada modo de producción contiene dos relaciones funcionales básicas, aunque sería más cercano al espíritu de Marx contemplar esa relación como contradicción dialéctica (ver Materiales). La primera relación se da entre las fuerzas productivas (un conjunto dinámico de tierra, trabajo, capital y tecnología) y las relaciones de producción, que tienen un carácter estático. En términos dialécticos, las relaciones de producción son la tesis y el desarrollo de las fuerzas productivas la antítesis, de la cual surge una segunda relación entre estructura económica y superestructura jurídico política cuyo fin es perpetuar las relaciones de producción y que se sintetiza en el Estado y la ideología

que lo legitima. Para Marx los individuos no son seres aislados tipo Robinson Crusoe, sino que para la satisfacción de sus necesidades materiales establecen relaciones sociales de producción: esto significa que no existen leyes naturales de la producción (éstas son meras “robinsonadas” de la economía clásica), sino que la producción es un proceso social históricamente determinado, es decir, responde a leyes específicas en cada etapa histórica. Las relaciones de producción pueden ser de dos tipos: relaciones de propiedad (reglas de juego institucionales que determinan cómo se relacionan las diferentes fuerzas productivas entre sí) y relaciones humanas, que se entablan entre personas por medio de la comunicación y la reproducción biológica, la cual tampoco es una ley natural, como creía Malthus, sino que cada modo de producción tiene sus propias leyes especiales de población. La posición económica individual en las relaciones de producción es la que define la pertenencia a una clase y la que determina la conciencia de los miembros que forman parte de la misma (conciencia de clase); en este sentido, los intereses de clase predominan sobre los intereses del individuo y apuntan siempre en la misma dirección contradictoria: en cada modo de producción, la clase dominante, la que se apropia del excedente, bien por la fuerza (extraeconómicamente, como sucede en los modos de producción precapitalistas) o bien por un intercambio contractual (como ocurre en el modo de producción capitalista), trata de preservar su posición de supremacía en las relaciones de producción mediante la identificación de sus intereses de clase con el Estado y la ideología dominante; por su parte, la clase dominada, la que genera el excedente, trata de eludir, limitar o terminar con la explotación mediante formas de resistencia pasiva o luchas activas. El triunfo o fracaso final de una clase en el modelo está determinado, a su vez, por la relación que establece con el desarrollo de las fuerzas productivas. Cuando el desarrollo de las fuerzas productivas entra en contradicción con las relaciones estáticas de producción, la revolución social derriba el modo de producción existente (es decir, cambia las relaciones de producción y la superestructura) y lo sustituye por otro más avanzado. Pues bien, en el modo de producción capitalista (MPC), las relaciones de producción basadas en la propiedad privada, el trabajo asalariado y la competencia obstaculizan el desarrollo de las fuerzas productivas y agudizan los conflictos. En el primer caso, porque se impide todo el potencial creativo de los trabajadores y la tasa de crecimiento real queda debajo de la potencial por las ineficiencias del sistema (crisis cíclicas). Respecto a los conflictos, el MPC los multiplica: entre capitalistas y trabajadores por la distribución del excedente, entre los propios trabajadores que compiten por los puestos de trabajo, y entre los capitalistas en la lucha por la conquista de los mercados. Por todo lo cual, inevitablemente, la

clase dominante (la burguesía) será destronada por la clase explotada (el proletariado) que, carente de propiedad, abolirá las relaciones entre las personas y las cosas (las relaciones de propiedad) y las instituciones vinculadas a su justificación (la familia y el Estado) para establecer la sociedad comunista (Dobb 1974: 745; Rojo 1983: 35, 38-40; Bottomore 1984: 217-218, 243, 307, 336-338, 381-383, 386-387, 400-403, 530-536, 545, 590, 612; Mandel 1987a: 512-513; 1987b: 369-371; Gilibert 1987: 991; Edgley 1987: 831; Nove 1987: 399; Shaikh 1987a: 334-335; Jessop 1987: 489-490; Hargreaves-Heap y Hollis 1987: 816-817; Resnick y Wolff 1988: 55-56; Stromberg 1991: 221, 234; Ekelund y Hérbert 1991: 279-281; Löwy 1992b: 209; Rima 1995: 221; Gordon 1995: 347, 406, 412, 415-416; Barbé 1996: 346-350, 355, 415-416; Lysandrou 1996: 568, 576, 582-583; Roseberry 1989: 155-156, 159, 170-172; 1997: 40; Landreth y Colander 1998: 176-177; Vaggi y Groenewegen 2003: 161-162).

La crítica de la economía política en “El Capital”. A partir de esta teoría (de la historia) económica, Marx empezó su crítica sistemática, aunque inacabada, de las categorías de la economía política, tomando como referencia especialmente los trabajos de Smith y, sobre todo, de Ricardo, a quien consideraba como el mayor representante de la economía política clásica. Las reminiscencias de la economía clásica se encuentran en distintos aspectos del *Capital*, publicado en tres volúmenes entre 1867 y 1890. Después de la muerte de Marx en 1883, Engels desempeñó un notable papel en la redacción definitiva de los volúmenes II y III del *Capital* (que aparecieron en 1885 y 1890; todavía entre 1905 y 1910, se publicó un IV volumen editado por el secretario del Partido Socialdemócrata de Alemania, Kautsky, con el título de *Teorías de la Plusvalía*, que es un análisis de la historia del pensamiento económico hasta Ricardo). De Smith, Marx tomó las distinciones entre valor de uso y valor de cambio (centrando su análisis en éste último), entre precios naturales y precios de mercado, entre capital fijo y circulante y entre trabajo productivo e improductivo. De Ricardo, asimiló la obsesión por la búsqueda de una medida invariable del valor, la diferencia entre trabajo directo y acumulado, la no consideración de la renta como fundamento del valor y la preocupación por las causas que llevaban a una caída de la tasa de ganancias. Incluso de Malthus hay un reflejo de su teoría de la población en la concepción marxiana del “ejército de reserva” de desempleados como mecanismo mantenedor de los salarios en un equilibrio de subsistencia y existen fuertes paralelismos entre la teoría subconsumista de Malthus y la teoría de las crisis periódicas de Marx. En general, Marx asimiló de los clásicos el modelo de una economía cerrada y sin Estado, basado en la competencia y la condición de equilibrio. Asimismo, defendió también la libertad de comercio, ya que su generalización

conduciría al estallido de las contradicciones del capitalismo (McLellan 1977: 204, 208, 327-331; Bottomore 1984: 661-664; Jones 1987: 834-836; Harris 1987: 446; Blaug 1987a: 441-442; Semmler 1987: 540; Eatwell 1987a: 539; Rima 1995: 219; Gordon 1995: 368-372; Screpanti y Zamagni 1997: 139; Waterman 1998: 300-301).

Como alternativa a los clásicos, Marx propuso, en primer lugar, su propia teoría del valor y de la distribución, que quedan conectadas por medio del binomio plusvalía-explotación y del “problema de la transformación” de los valores en precios; y en segundo lugar, aportó su propia teoría del crecimiento, dentro de la cual formuló las leyes de la evolución del MPC. La *teoría del valor* de Marx es estrictamente una teoría sobre los fundamentos, la medida y la regulación del valor basada en el trabajo y también un método para medir la explotación del trabajo. Marx no arranca del análisis del concepto de valor, sino del proceso de trabajo y de la manifestación concreta del valor en el capitalismo: la mercancía. El proceso de trabajo en su forma más simple, como se presenta frecuentemente en los modos de producción precapitalistas, es aquel por medio del cual el trabajo, con la ayuda de una serie de instrumentos previamente producidos, transforma la naturaleza y produce para la satisfacción de las necesidades de consumo, según la lógica del valor de uso. En el MPC, en cambio, el proceso de trabajo ya no está controlado por los trabajadores, que no son dueños de los medios de producción, sino por los capitalistas y éstos producen según la lógica del valor de cambio: la satisfacción de las necesidades de consumo se obtiene ya a través del intercambio de mercancías por dinero. La mercancía, así, es la forma que adoptan los productos cuando los individuos satisfacen sus necesidades por medio del intercambio, como ocurre característicamente en el MPC. Por tanto, la mercancía tiene dos capacidades. La primera es la capacidad de satisfacer ciertas necesidades humanas, es decir, posee lo que Adam Smith denomina valor de uso, el cual depende del desarrollo de las fuerzas productivas (algunas bienes no tienen valor de uso hasta que no se desarrolla la tecnología que permite utilizarlos). El valor de uso es, como en Ricardo, la condición para que un producto entre en el intercambio (tenga valor de cambio) y se convierta en mercancía. La segunda capacidad de la mercancía es la de intercambiarse por otras mercancías, capacidad que Marx denomina por antonomasia valor y que se puede identificar con el valor de cambio smithiano-ricardiano. Puesto que las mercancías se intercambian entre sí en proporciones cuantitativas definidas y puesto que la única propiedad común que tienen todas las mercancías es que son producto del trabajo, el trabajo en abstracto (haciendo media de la productividad de los trabajadores) es la fuente del valor. Los precios relativos de las

mercancías reflejan las cantidades de trabajo abstracto necesario para producirlas, cantidades que se miden en horas. Así, la medida del valor es el tiempo de trabajo (productivo) socialmente necesario para producir la mercancía en cuestión. Marx asume, pues, la teoría pura del valor trabajo de Ricardo y los supuestos smithianos de los que ésta partía: sólo el trabajo productivo crea valor (el objetivo aquí es mostrar el papel parásito que tiene, además del terrateniente-rentista ricardiano, el capitalista), lo que implica que el trabajo doméstico y de reproducción (y el papel protagonista de las mujeres en ese desempeño) es improductivo, aunque pueda ser necesario para la sociedad; hay costes unitarios constantes, es decir, la curva de oferta es perfectamente elástica (horizontal) y existe un precio de equilibrio a largo plazo (Marx lo llama como Ricardo, precio de producción) que depende únicamente del coste en trabajo; y el capital es trabajo acumulado o “trabajo muerto” como lo denomina Marx. Cuando se reduce el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir una mercancía, por ejemplo, por un aumento de la productividad de los trabajadores gracias a la utilización de maquinaria, disminuye el valor de la misma; lo contrario aumentará el valor de la mercancía. Tal es la ley del valor, que se puede expresar mediante la ecuación

$$V = T$$

donde V es valor total mercancías producidas y T la cantidad total de trabajo (productivo) socialmente necesario dedicado a su producción, que se divide entre trabajo vivo T_v (la cantidad de horas de trabajo que se aplican inmediatamente a su producción) y trabajo muerto T_m (la cantidad de horas de trabajo que se requieren para producir el capital destruido en el proceso). Ahora bien, en el MPC el valor no se expresa en términos de trabajo socialmente necesario, sino en dinero, una mercancía especial que mide simultáneamente el valor de todas las otras mercancías. De esta manera, lo que en otros modos de producción son relaciones sociales entre los productores, en el capitalismo se reducen a relaciones entre cosas o mercancías: es el fetichismo de la mercancía del MPC, que enlaza con la teoría juvenil hegeliana de la alienación del trabajo (Rojo 1983: 43; Bottomore 1984: 107, 316-318, 542, 612-613, 661, 750-752, 758, 778, 781; Blaug 1985: 340-343; Folbre 1982: 318; Roemer 1987: 383; Shaikh 1987b: 9-10; Vianello 1987: 111-112; Rima 1995: 222; Gordon 1995: 374-379; Lysandrou 1996: 578-579; Roseberry 1997: 32-33; Landreth y Colander 1998: 183-184).

Si el trabajo es la fuente de todo el valor y las mercancías son compradas y vendidas a sus valores, la pregunta clave es cómo emerge la ganancia. Para ello Marx introduce la noción de fuerza de trabajo, que es lo que distingue su pensamiento claramente de la teoría del valor de Ricardo: para Marx

el trabajo es el fundamento del valor, pero en sí mismo no tiene valor, no es mercancía. Lo que venden los trabajadores a los capitalistas a cambio de un salario en dinero es la fuerza de trabajo. Pero esta mercancía fuerza de trabajo posee algunas peculiaridades que la distinguen del resto. En primer lugar, la fuerza de trabajo no se produce como las demás mercancías, sino que implica relaciones entre seres humanos que siguen pautas ajenas al fetichismo de la mercancía: la fuerza de trabajo se produce en el seno de la familia por personas distintas de las que la venden y para las cuales la lógica del valor de cambio no es el fin. En segundo lugar, la fuerza de trabajo es la única mercancía cuyo valor de uso añade valor (de cambio) al resto de las mercancías. Y en tercer lugar, quienes compran esta fuerza de trabajo (los capitalistas) deben introducirse en un nuevo conjunto de relaciones con el vendedor (el trabajador), en las que se apropian del valor excedente (plusvalía) producido por la fuerza de trabajo, mediante el control del proceso de trabajo y en virtud de la propiedad privada de los medios de producción (de ahí el nombre de relaciones de producción): exactamente al revés de la teoría del fondo de salarios, son los trabajadores quienes adelantan al capitalista el valor de uso de su mercancía (la fuerza de trabajo), porque permiten al comprador consumirla antes de haber recibido el precio correspondiente a su venta, es decir, los trabajadores, como propietarios de la mercancía fuerza de trabajo, cobran por su venta o alquiler a plazo vencido, no por adelantado, que es como cobran los propietarios de la tierra o el capital. La precondition histórica para la aparición de esa mercancía peculiar es el surgimiento de una clase de trabajadores “libres” en un doble sentido: que dispongan de su fuerza de trabajo sin limitaciones legales (que no sean esclavos o siervos, sino ciudadanos propietarios de su mercancía iguales ante la ley para poder establecer contratos), y que estén separados materialmente de los medios de producción, es decir, que no puedan producir y vender el producto de su trabajo y se vean forzados a vender su fuerza de trabajo a los capitalistas para ganarse la vida. ¿Cómo obtienen los capitalistas el dinero para comprar los medios de producción, los productos del trabajo y la propia mercancía fuerza de trabajo? Los economistas políticos clásicos defendían que ese dinero o capital era el resultado de la frugalidad o de la abstinencia del consumo. Marx consideró esto una explicación ideológica destinada a ocultar el origen del capital como una relación de producción, en donde la violencia es el factor clave que lleva a la transformación de las relaciones de producción o al intercambio desigual del comercio mercantilista y colonial, que para Marx constituyen las fuentes de la acumulación primitiva originaria de capital (Rojo 1983: 34; Bottomore 1984: 15, 17-18, 93, 332, 334-335, 585; 612, 778-780; Blaug 1985: 345; Thomson 1987: 963-964; Vivo 1987a: 88-89; Shaikh

1987a: 334-335; 1987c: 250-251; 1987d: 755; Bharadwaj 1987a: 831; 1987b: 845; Barbé 1996: 109-110; Roseberry 1997: 32, 35).

En definitiva en el proceso de trabajo del MPC surgen dos tipos de ingresos: el salario, como ingreso diferido de los trabajadores por la venta anticipada de su fuerza de trabajo; y el excedente o plusvalía generado por la fuerza de trabajo y que es apropiado por los propietarios de los medios de producción, que obtienen una ganancia tras hacer frente al pago de salarios por el trabajo vivo (una vez consumida la mercancía fuerza de trabajo) y de las amortizaciones por el trabajo muerto. La diferencia crucial entre salarios y ganancias es que los primeros entran en el circuito económico a través de la circulación simple, mientras que los beneficios proceden de la circulación ampliada. La circulación simple describe una secuencia

M-D-M

donde la mercancía fuerza de trabajo se vende a cambio de dinero con el fin de comprar otras mercancías por igual valor para el sustento de los trabajadores y su familia. Por tanto, “el consumo, la satisfacción de las necesidades, o, en una palabra, el valor de uso es su objetivo final”, como sucede en la producción simple de mercancías (un modo de producción abstracto precapitalista). La plusvalía, en cambio, sigue la secuencia inversa

D-M-D

Surge del acto de comprar para vender más caro. Por tanto, su objetivo final es el valor de cambio, el incremento de las ganancias (no tendría sentido cambiar para obtener dos sumas iguales de dinero):

D-M-D'

que simboliza la compra con dinero (D) de la mercancía (M) que luego se vende a cambio de un dinero incrementado (D'), ya que $D' = D + \Delta D$. D' es, así, la verdadera esencia del valor y la riqueza en el MPC. Supongamos un trabajador con una jornada de 12 horas. Si para cubrir sus necesidades y las de su familia necesita comprar mercancías cuyo valor equivale a 4 horas de trabajo, el capitalista le proporcionará un salario (v) equivalente a 4 horas (que es el precio de equilibrio a largo plazo del salario), y se apropiará de las 8 restantes como plusvalía (s). La libertad de contrato del trabajador consiste en elegir entre trabajar las 12 horas o no trabajar, mientras que el capitalista puede exigir que el trabajador cumpla su jornada completa apropiándose del valor excedente, gracias a su condición de propietario de los medios de producción y al control que, bajo la división técnica del trabajo, tiene del proceso productivo. El cociente entre la plusvalía y los salarios es la tasa de plusvalía o tasa de

explotación s'

$$s' = s/v$$

De ella se deduce la naturaleza antagónica de la sociedad de clases y del capitalismo como su manifestación más desarrollada: cuanto mayor sea el salario de los trabajadores menor será la plusvalía apropiada por los capitalistas, y al contrario (Dobb 1974: 745; Rojo 1983: 47; Bottomore 1984: 307-308, 588, 667-668, 756-757; Shaikh 1987c: 250; 1987e: 574-575; Montani 1987: 1009; Glyn 1987: 391; Roemer 1987: 384-385; Petri 1987: 66-67; Desai 1987a: 1017; Mandel 1987b: 376-378; Okishio 1987: 580; Eltis 1987: 279; Barbé 1996: 113-114; Screpanti y Zamagni 1997: 141; Landreth y Colander 1998: 185; Backhouse 2002: 159; Vaggi y Groenewegen 2003: 163-165).

En el MPC la plusvalía es apropiada por el capitalista como resultado de la explotación del trabajo en la esfera de la producción y no –como creían los socialistas ricardianos– en la del intercambio. A diferencia del salario, que se gasta en mercancías que al consumirse desaparecen por entero, el dinero que el capitalista introduce en el proceso de producción reaparece en mayor cantidad, no es, por tanto, un mero ingreso, sino que se transforma en capital, en medios de producción. Durante el proceso de producción los insumos adquiridos se pueden reducir a dos tipos de costes de trabajo: el capital variable (v), equivalente a los salarios (los medios de subsistencia para el mantenimiento del trabajo vivo); y el capital constante (c), gastos en depreciación de capital fijo y compra de materias primas contenidos en el trabajo muerto. Los gastos en capital constante dan como resultado ingresos para el capitalista que son iguales a las cantidades desembolsadas, de ahí su denominación. Pero los gastos de capital variable proporcionan a los capitalistas ingresos mayores que dichos gastos, ingresos que Marx denomina valor excedente o plusvalía (s), que es el residuo obtenido al restar de las ganancias brutas del capitalista los gastos en capital constante y variable. Los dos componentes del valor de la mercancía en términos de costes de trabajo, $c+v$, más el valor excedente creado por el uso presente de la mercancía fuerza de trabajo, la plusvalía (s), constituyen las fuentes del valor de una mercancía:

$$V = c+v+s; \text{ siendo } V = T;$$

$$\text{donde } T = T_v + T_m;$$

Ricardo había observado los problemas que planteaba el hecho de que en los distintos sectores de la economía la proporción de trabajo directo y acumulado fuera diferente, por lo que, para salvar las recomendaciones de política económica de sus teorías de la distribución y del comercio internacional,

había supuesto que eran uniformes. Marx hizo lo mismo en los dos primeros volúmenes del capital, pero en el tercero introdujo la complejidad realista de que los distintos sectores operaran con proporciones diferentes de trabajo directo y acumulado. Esto hace que los precios relativos puedan discrepar a corto plazo de los valores calculados como $c+v+s$ y que, por tanto, $V \neq T$. Esta inconsistencia de la teoría del valor fue señalada inmediatamente por el principal teórico marginalista del capital, Böhm-Bawerk y dio lugar al famoso “problema de la transformación” de valores a precios, que ha ocupado a los economistas marxistas y sus críticos hasta hoy. La solución a dicho problema más fiel al modelo de Marx consiste en que el precio de equilibrio a largo plazo P depende del trabajo socialmente necesario ($c+v$) y de la realización de la plusvalía por la venta en un mercado competitivo, lo que Marx denomina, tasa de ganancia o beneficio (p):

$$P = c+v+p$$

De aquí se deducen tres importantes definiciones relacionadas entre sí.

1) Composición orgánica del capital (q), o tasa que relaciona el capital constante y los gastos totales de capital k

$$q = c/(c+v), \text{ siendo } k = c+v$$

2) Tasa de plusvalía o de explotación (s'), que relaciona el excedente con el gasto en capital variable

$$s' = s/v$$

lo que implica que cuanto mayor sea esta tasa, mayor será la intensidad del capital constante y, por tanto, más alta será la composición orgánica del capital de una industria o sector.

3) Tasa de beneficio o ganancia (p), que relaciona la plusvalía y los gastos totales de capital

$$p = s/(c+v)$$

La manipulación algebraica de estas tres tasas muestra que la tasa de ganancia varía en forma directa con la tasa de plusvalía e inversamente con la composición orgánica del capital

$$p = s'(1-q)$$

Como ya hemos dicho, Marx considera que la magnitud de q varía entre los sectores de la economía, sin embargo, la de p y s' debe ser uniforme. Esta es la condición de equilibrio a largo plazo que se relaciona con la competencia: p es uniforme porque si en un sector fuera mayor, entonces los capitalistas desviarían sus inversiones hacia él y seguirían haciéndolo hasta que p se igualara en todos los sectores; los trabajadores harían justamente lo mismo en función de la menor magnitud de s' . Así,

por medio de la competencia, la plusvalía se distribuirá entre los capitalistas como una ganancia proporcional al capital invertido (a la inversión $k = c+v$) y entonces las desviaciones individuales de los precios de producción respecto de los valores desaparecerán a nivel agregado:

$$c+v+s = c+v+p$$

$$V = P; \text{ y, por tanto } V = T$$

Como señala Marx, el valor “es el centro de gravedad en torno al cual los precios fluctúan y en cuyo derredor su subida y bajada tiende a un equilibrio”. (Es conveniente notar que $c+v+s$ encierra un proposición contable, ya que corresponde al PNB de un año: c es el capital constante depreciado en ese período, y $v+s$ es la renta nacional neta correspondiente a los trabajadores como v y a los capitalistas como s) (McLellan 1977: 399, 404; Rojo 1983: 45-46; Bottomore 1984: 92-96, 125-126, 239, 308-309, 331, 407-408, 584-586, 588-590, 618; Blaug 1985: 345, 353; Shaikh 1987a: 334; 1987d: 755; Hunt y Glick 1987: 688; Vianello 1987: 111; Kenway 1987: 105; Desai 1987a: 1017; 1987b: 789-790; Mandel 1987b: 378; Okishio 1987: 580-582; Garegnani 1987: 567; Vivo 1987b: 960; Eltis 1987: 279; Argemí 1987: 181-182; Ekelund y Hérbert 1991: 286-287; Rima 1995: 228-229; Gordon 1995: 372-373, 381-384; Barbé 1996: 111-112, 116-117, 190-191; Screpanti y Zamagni 1997: 144-147; Landreth y Colander 1998: 185-190, 198-199; Backhouse 2002: 159; Vaggi y Groenewegen 2003: 165).

Marx utiliza un ejemplo aritmético con cinco sectores, que aquí simplificaremos dejándolo en tres, eliminando también la depreciación de c

sectores	c	v	k	q	s	c+v+s	p	c+v+p	P-V
1, A	80	20	100	0'80	20	120	30	130	+10
2, B	70	30	100	0'70	30	130	30	130	0
3, C	60	40	100	0'60	40	140	30	130	-10
Total	210	90	300	0'70	90	390	30	390	0

En primer lugar, la composición orgánica en cada sector viene dada en unidades monetarias, de manera que los gastos en inversión ($k = c+v$) se calculan directamente, siendo iguales para todas las empresas. En segundo lugar, las diferentes mercancías A, B, C se producen con diferentes composiciones orgánicas del capital q dentro de las empresas o sectores (1, 2, 3), siendo 1 el de mayor intensidad en capital constante, donde q es más alta que la media (que coincide con el sector 2), y 3 el de menor intensidad, donde q es más baja que la media. Y en tercer lugar, la tasa de plusvalía es uniforme en toda la economía y se supone igual a 1, de modo que $s = v$ (la distribución del ingreso nacional neto entre

capitalistas y trabajadores es, por tanto, al 50%). El valor V de las distintas mercancías será $c+v+s$. Para transformar los valores en precios hay que calcular la tasa de beneficio global de la economía, que en el ejemplo anterior es del 30%, ya que $\sum s / (\sum c + \sum v) = 90/300 = 30\%$. Dado que, en equilibrio competitivo, todas las empresas o sectores deben tener la misma tasa de beneficio, p debe aplicarse uniformemente con el fin de obtener los precios de producción P de las diversas mercancías. Es evidente que la única mercancía en la que el valor coincide con el precio de producción es la que se produce con la q que iguala a la media de la economía (2, B). En cambio, una empresa en la que q esté por encima de la media tendrá un precio de producción superior al valor en trabajo (como ocurre con 1, A), mientras que en una empresa en la que q esté por debajo de la media el precio de producción será inferior a su valor en trabajo (3, C). Esto significa que el capitalista individual no recibe la plusvalía generada en su empresa a través de la explotación de su fuerza de trabajo, sino como una parte de la plusvalía total proporcional a la inversión realizada, independientemente de cual sea la q de su empresa. Las empresas o sectores que tengan precios de producción por encima del valor (coste de producción) de las mercancías que producen (1, A) disfrutarán de más plusvalía que si no hubiera competencia (+10); las empresas o sectores que tengan precios de producción por debajo del valor (coste de producción) de las mercancías que producen (3, C) transferirán parte de su plusvalía al fondo común (-10). En conclusión, la plusvalía del sistema se distribuirá entre los capitalistas como una ganancia proporcional al capital anticipado (a la inversión $k = c+v$) y el trabajo seguirá siendo la única fuente del valor (como trabajo abstracto), la única medida del valor (como trabajo productivo socialmente necesario) y el único elemento regulador del valor (como coste de producción) (Rojo 1983: 46; Bottomore 1984: 142-143, 239, 384-385; 606-608, 662, 783; Eatwell 1987a: 539; 1987b: 599; Semmler 1987: 541; Vianello 1987: 111; Pivetti 1987: 873-874; Desai 1987a: 1017; Glyn 1987: 391; Mandel 1987b; 373-374; Argemí 1987: 183-185; Ekelund y Hérbert 1991: 287-290; Rima 1995: 228-231; Gordon 1995: 385-388; Barbé 1996: 191).

La teoría del crecimiento de Marx se enmarca en su objetivo de descubrir las leyes de la dinámica del capitalismo. Para ello, operó con dos estrategias de investigación paralelas. Una abstracta en la que desarrolló sendos modelos (de estado estacionario y de crecimiento de equilibrio general) en que se aceptaba la ley de Say y que corresponden respectivamente a sus esquemas de reproducción simple y ampliada y que están desarrollados a partir del *Tableau Économique* de Quesnay. Se trata de una economía con dos sectores: el sector 1, que produce las mercancía m_1 consistente en bienes de

capital, y el sector 2 que produce la mercancía m_2 consistente en bienes de consumo. En dicha economía los capitalistas pueden usar la plusvalía para adquirir bienes de consumo y los dos sectores pueden producir la cantidad exacta que permite reproducir el capital (constante y variable) gastado en el proceso de producción (reproducción simple) o pueden usar la plusvalía para aumentar el capital y el stock del mismo es una cantidad superior a la gastada en el proceso de producción (reproducción ampliada). Tanto c como v (el capital constante y el variable) son anticipados por los capitalistas al inicio del proceso productivo. Si c_1 y c_2 son el capital constante en los sectores 1 y 2, v_1 y v_2 el capital variable y s_1 y s_2 la plusvalía, el esquema de reproducción puede presentarse para las mercancías del sector 1, m_1 , y las del sector 2, m_2 , como sigue:

$$c_1 + v_1 + s_1 = m_1$$

$$c_2 + v_2 + s_2 = m_2$$

En la reproducción simple el excedente se consume enteramente y no hay inversión neta. El output de capital constante es igual a la producción que se usa como input

$$m_1 = c_1 + c_2$$

$$m_2 = v_1 + v_2 + s_1 + s_2$$

Para que la economía se reproduzca sin modificar su escala es necesario que el sector 1 compre bienes salariales al sector 2 y éste compre medios de producción al sector 1, lo que, dadas las condiciones técnicas de reproducción se satisface si $c_2 = v_1 + s_1$.

En el caso de la reproducción ampliada una parte del excedente se invierte y por tanto se genera más capital que el estrictamente necesario para reemplazar los inputs usados en la producción. Ahora

$$m_1 > c_1 + c_2$$

lo que puede dar lugar a una crisis por el desarrollo desproporcionado de los dos sectores (por ejemplo del sector 1 porque no hay suficiente producción del sector 2). El otro tipo de crisis remite a la segunda estrategia de investigación de Marx, una estrategia empírica que busca establecer las leyes de la dinámica del capitalismo.

Dichas leyes surgen de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas desatado por este modo de producción y las relaciones de producción estáticas que lo caracterizan. Para Marx, el MPC es un sistema económico básicamente inestable, caracterizado por crisis cíclicas de expansión y depresión, lo que le llevó a rechazar la ley de Say siguiendo un esquema muy similar al de la teoría subconsumista de Malthus, en donde la explicación demográfica de los desajustes entre oferta y

demanda de trabajo se sustituye por una explicación tecnológica, como veremos al final. Estas crisis a corto plazo se mueven dentro de una serie de tendencias a largo plazo, que Marx identifica con las cuatro leyes empíricas que gobiernan la dinámica del MPC: 1) la ley de la acumulación que entra en contradicción con 2) la ley de la tasa decreciente de ganancia; 3) la ley de la concentración del capital que entra en contradicción con 4) la ley de la miseria creciente; a su vez, 1) y 4) también se relacionan de manera antagónica. Igual que en Ricardo, la teoría del crecimiento en Marx es inseparable de su *teoría de la distribución*, y parte de dos hipótesis fundamentales de raíz ricardiana: la inversión es una función creciente de la tasa de ganancia; y la tasa de ganancia es una función decreciente del salario, salario que Marx considera de manera innovadora como dependiente de la contratación colectiva y de la lucha de clases (no de ninguna ley natural malthusiana), donde la acción de los sindicatos en defensa de mayores salarios y reducciones de jornada se ve contrarrestada por “el ejército industrial de reserva”. Éste es el resultado de la estrategia capitalista para aumentar la acumulación por medio de la sustitución de trabajo por capital (lo que permite aumentar la plusvalía relativa y genera desempleo tecnológico) y del engrosamiento de la clase trabajadora con mano de obra infantil y femenina (lo que permite aumentar la plusvalía absoluta y genera una presión de los salarios a la baja, de ahí la oposición de Marx al trabajo industrial de las mujeres). El ejército industrial de reserva desempeña, pues, el mismo papel teórico en Marx que la teoría malthusiana de la población en el modelo de Ricardo, y en ambos, la búsqueda de ganancias por parte de los capitalistas es lo que explica la dinámica del sistema.

Ahora bien, donde Ricardo predice la tendencia decreciente de la tasa de ganancia como consecuencia del aumento de la renta de la tierra en una economía cerrada de un solo sector sujeto a rendimientos decrecientes, Marx considera que dicha tendencia es producto de la propia ley de la acumulación que hace funcionar al MPC integrado por diversos sectores. Para entender dicha ley hay que explicar, primero, la diferencia entre plusvalía absoluta y plusvalía relativa. La plusvalía absoluta alude a la duración de la jornada de trabajo y/o a la reducción del salario, asumiendo como constante el nivel de productividad de los trabajadores: si un trabajador produce el equivalente de su salario (para mantenerse a sí mismo y a su familia) en 4 horas y su jornada se alarga de 10 a 12 horas, la plusvalía medida en horas pasará de 6 a 8 y la tasa de explotación s/v aumentará de 1'5 a 2 porque aumenta s ; alternatively, el empleo de mano de obra infantil y femenina puede permitir pagar menos por la misma jornada (ideología del salario familiar) con lo que la tasa de explotación aumenta porque disminuye v (si se supone una jornada de 10 horas, la sustitución de trabajadores masculinos por

mujeres o niños podría permitir pagar salarios equivalentes a 2 horas, este es, la plusvalía aumentaría de 6 a 8 y la tasa de explotación de 1,5 a 4). Esta estrategia de la plusvalía absoluta presenta límites físicos (la salud de los trabajadores y la duración del día, que sólo tiene 24 horas) y, por otra parte, tiene límites institucionales (la presión de los sindicatos para conseguir mejoras salariales, abolir el trabajo infantil y femenino y reducir la jornada). Ante ello los capitalistas pueden intentar extraer la plusvalía de otra manera, como plusvalía relativa, incrementando la intensidad del trabajo (y por consiguiente la productividad de la fuerza de trabajo) mediante la introducción de máquinas: si gracias a ello el trabajador produce ahora el equivalente de su salario en menos tiempo (por ejemplo, produce en 2 horas, en vez de las 4 iniciales, las mercancías equivalentes a su salario), aunque su jornada permanezca invariable en 10 horas la plusvalía aumentará de 6 a 8 horas y la tasa de explotación se elevará en este caso de 1'5 a 4 porque desciende v . Esta estrategia supondrá para el capitalista que la sigue un aumento de su participación sobre la plusvalía agregada, en la medida en que al aumentar la intensidad del capital constante (la composición orgánica del capital) la competencia redistribuye parte de la plusvalía del sistema en esa dirección. Ello se debe a que las máquinas reducen el tiempo de trabajo socialmente necesario y, por tanto, los costes de producción: así, los capitalistas que introduzcan maquinaria producirán a costes más bajos que sus rivales que utilicen una q más baja, y aunque obtengan menos plusvalía en el proceso de producción (si v se mantiene en 4 horas, la tasa de explotación será más baja, 1'5, en estas empresas intensivas en capital constante que en las intensivas en trabajo vivo), podrán obtener mayores ganancias al conseguir una porción de la plusvalía agregada (por la diferencia positiva entre los precios de producción y el valor) arrebatándoles a las empresas menos mecanizadas parte de su plusvalía en el mercado (como ocurría con la empresa 1 respecto a la empresa 3). Ahora bien, esa ventaja será normalmente transitoria porque surgirán nuevos competidores que adoptarán las técnicas más productivas, con lo que a largo plazo habrá una caída de la tasa ganancia con respecto a la situación inicial (por ejemplo, si todas las empresas adoptaran la q de la empresa 1, al cabo de unos años la tasa media de beneficio en nuestro ejemplo se habría reducido del 30% al 20%) (Rojo 1983: 48-49; Bottomore 1984: 59-60, 144-145, 279-281, 475, 480, 587-588, 740-741; Blaug 1987a: 441; Desai 1987c: 335-336; Kenway 1987: 105-106; Mandel 1987b: 378-379; Eltis 1987: 279; Ekelund y Hérbert 1991: 290; Rima 1995: 231-232; Screpanti y Zamagni 1997: 148-149; Roseberry 1997: 35-36; Cabrillo 1997: 6; Landreth y Colander 1998: 192-193, 199-202; Backhouse 2002: 160; Vaggi y Groenewegen 2003: 165-167).

La segunda ley de movimiento se refiere a la tendencia decreciente de la tasa de ganancia a la que conduce la ley de la acumulación. Esto es evidente dado que la tasa de ganancia varía en forma directa con la tasa de plusvalía e inversamente con la composición orgánica del capital

$$p = s'(1-q)$$

Como Marx considera que q tiende a aumentar por la competencia en el mercado de bienes (ya que las máquinas reducen el tiempo de trabajo socialmente necesario y, por tanto, los costes de producción) y en el mercado de trabajo (ya que el incremento de los salarios que contrae s' conduce a la sustitución de trabajo por capital para aumentar la plusvalía relativa), a partir del momento en que no se pueda aumentar s' (es decir, en que s/v sea constante una vez que se haya agotado toda posibilidad de ampliar la plusvalía absoluta y que la competencia uniforme la plusvalía relativa), p se reducirá. Así, la ley de la acumulación, a través de la competencia entre los capitalistas por captar la plusvalía agregada, conducirá inevitablemente a un descenso de la tasa de ganancia, “la más importante de todas las leyes de la economía política moderna”. La ley de la tasa decreciente de ganancia se puede entender en términos del modelo ricardiano de rendimientos decrecientes, en este caso para el capital: si la acumulación de capital es más rápida que el empleo de fuerza de trabajo, por el sesgo ahorrador de mano de obra que supone el aumento de q , donde Ricardo habla de rendimientos decrecientes para el factor variable trabajo, Marx sitúa los rendimientos decrecientes para el factor variable capital. Ahora bien, como la acumulación de capital está asociada al progreso tecnológico, la disminución a lo largo del tiempo de la tasa de ganancia dependerá de que la tasa de acumulación de capital crezca más rápido que la tasa de progreso tecnológico. Y Marx, igual que los economistas clásicos, al no disponer de una teoría que explicara de forma satisfactoria la tasa de progreso tecnológico, prefirió subestimarla: en la figura inferior del Anexo 4, esto es lo que justifica la curva B, para la cual cuando la acumulación de capital pasa de C_1 a C_2 la tasa de ganancia cae de G_1 a G_2 (Samuelson 1983: 787-789; Rojo 1983: 48; Bottomore 1984: 15-17, 59-60, 118-119, 260-261, 480-481, 663; Mandel 1987b: 379; Glyn 1987: 393; Eltis 1987: 279; Rima 1995: 232; Gordon 1995: 383-384; Screpanti y Zamagni 1997: 150-151; Landreth y Colander 1998: 194-197).

Paralelamente a la contradicción entre la ley de la acumulación y la ley de la tasa decreciente de ganancia, el desarrollo de las fuerzas productivas en el MPC provoca una nueva contradicción: por un lado, la tendencia hacia la concentración del capital, y, por otro, hacia una miseria creciente, que son respectivamente las leyes 3) y 4) de la dinámica capitalista. En el primer caso, Marx relaciona la

concentración del capital con el aumento de q , que permite a las empresas más intensivas en capital constante (las que producen a costes más bajos) hacerse con el mercado de las empresas menos intensivas en capital constante. El resultado es un aumento del tamaño de las empresas que sobreviven, la consecución por parte de éstas de economías de escala y de un gran poder de mercado y, en definitiva, un proceso en que la competencia termina autodestruyéndose. En esta fase final monopolista se da una separación entre la función empresarial y la propiedad del capital, que pasa a estar controlado por el sistema financiero. La fuerza material dialécticamente opuesta a la concentración del capital es el incremento del número de asalariados: el desarrollo de las relaciones de producción capitalistas hace que los campesinos se conviertan en jornaleros, y el desarrollo de las fuerzas productivas que los artesanos y los pequeños empresarios se conviertan en meros asalariados. Este proletariado cada vez más numeroso está sometido a la ley de la miseria creciente. Marx ofreció tres versiones distintas de este fenómeno: un aumento de la miseria en términos absolutos, es decir, una caída de los salarios reales; un aumento de la miseria en términos relativos, es decir, una caída de la participación de los salarios en el ingreso nacional que era compatible con el aumento de los salarios reales; y, un aumento de la miseria en términos cualitativos, debido a la creciente alienación provocada por el sistema de trabajo asalariado sometido a la división técnica del proceso de trabajo a medida que avanzaba la mecanización con el aumento de q , es decir, a medida que se cumplía la ley de la acumulación.

La conexión entre la teoría del ciclo a corto plazo y estas cuatro tendencias a largo plazo se produce a través del proceso que lleva al descenso de la tasa de ganancia. La fase expansiva del ciclo se origina con la sustitución de trabajo por maquinaria, dando lugar a verdadero progreso tecnológico, y, por tanto, a que s' pueda crecer más deprisa que q , de manera que p , en vez de reducirse aumenta: como se ve en el gráfico inferior del Anexo 4, el desplazamiento de la curva B a B' (progreso tecnológico) permite que la acumulación de capital de C_1 a C_2 sea compatible con un aumento de la tasa de ganancia de G_1 a G_3 . En esas condiciones habría un aumento subsiguiente de la acumulación de capital y de la demanda de trabajo. Ello haría disminuir el tamaño del ejército industrial de reserva y que los salarios se elevasen, lo que, al final, por medio de la competencia entre los capitalistas para adoptar la nueva tecnología, provocaría la caída de la plusvalía agregada, y que s' creciera más despacio que q , por lo que p acabaría disminuyendo a lo largo de la curva B' hasta situarse en G_2 . Dicha caída de la tasa de ganancia propiciaría una disminución en la acumulación de capital y de la demanda de fuerza de trabajo que acabaría incrementando el ejército industrial de reserva y antes o después se

produciría una disminución de los salarios, ampliándose así las oportunidades para obtener ganancias. A medida que el mercado se fuera saturando, los capitalistas podrían obtener mayores ganancias al conseguir una porción de la plusvalía agregada (por la diferencia positiva entre los precios de producción y el valor) arrebatándoles a las empresas menos mecanizadas parte de su plusvalía en el mercado. Pero en el momento en que s' se volviera constante y la tasa de acumulación de capital creciera más deprisa que la tasa de progreso tecnológico, el aumento continuado de q conduciría a un descenso de la tasa de ganancia hasta el punto en no hubiese incentivos a la inversión, extinguiéndose la fuerza propulsora del crecimiento. A largo plazo, pues, el MPC tiene una tendencia al aumento del ejército de reserva, lo que provocará un descenso de la demanda de bienes de consumo, con el resultado de que los capitalistas no pueden realizar la plusvalía que han extraído a los trabajadores, es decir, no pueden completar el proceso $D-M-D'$ y volver a convertir el capital-mercancía M en más dinero D' . La consecuencia, entonces, será la quiebra final del sistema (Dobb 1974: 745; Rojo 1983: 49-52; Bottomore 1984: 15-17, 59-60, 118-119, 214, 236, 260-261, 480-481, 663, 742; Mandel 1987b: 379; Glyn 1987: 393-394; Blaug 1987b: 1002; Eltis 1987: 279; Bharadwaj 1987b: 845; Rima 1995: 232, 234-236; Gordon 1995: 369, 391, 397-399; Barbé 1996: 117, 245; Screpanti y Zamagni 1997: 148, 151; Landreth y Colander 1998: 199-201).

Hay que tener en cuenta que Marx consideró la ley de la tasa decreciente de ganancia como una ley de tendencia a la manera de los clásicos, es decir, sujeta a la restricción milliana “en ausencia de causas perturbadoras”, como, por ejemplo, las importaciones más baratas de bienes de consumo (un reflejo de la tradición clásica del libre comercio como mecanismo para retrasar la llegada del estado estacionario) o la destrucción del stock de capital mediante guerras. Algunas de las tendencias secundarias que Marx apuntó en su modelo de dinámica capitalista se han cumplido en perspectiva histórica: concretamente, la limitación de la plusvalía absoluta, el incremento de la composición orgánica del capital y de la productividad del trabajo, la reducción de costes, la tendencia hacia la concentración del capital y al engrosamiento de la clase asalariada o la recurrencia de las crisis cíclicas. Pero es obvio que el núcleo duro de las predicciones de la teoría marxiana no ha tenido lugar: la historia económica de los países capitalistas más avanzados ha mostrado que los salarios han aumentado en paralelo a la productividad del trabajo y que su participación sobre el ingreso no ha disminuido a largo plazo; y asimismo, que el ejército de reserva y la tasa de ganancias han tenido un comportamiento cíclico más que una tendencia a largo plazo a moverse en direcciones opuestas. Es

posible que tal discrepancia se deba a que Marx estuviera muy condicionado en la formulación de sus predicciones como líder de la Asociación Internacional de los Trabajadores y de las luchas que dentro de la misma tuvo que librar para frenar la estrategia revolucionaria de Bakunin y sus seguidores anarquistas frente a la reformista que él proponía. Después de todo, si el capitalismo estaba condenado a la desaparición por su propio funcionamiento, ya no hacía falta derrocarlo por una revolución, sino acelerar sus contradicciones mediante la lucha política de la clase obrera para recortar la plusvalía absoluta y relativa apropiada por los capitalistas. Lo que es indudable es que Marx infravaloró, como los otros economistas clásicos, el progreso tecnológico, que ha permitido un aumento del salario real sin que la tasa de ganancia disminuya a largo plazo, atenuando la lucha de clases en vez de agudizarla (Rojo 1983: 57; Samuelson 1983: 790-793, 925-926; Bottomore 1984: 190, 412-414, 443, 552; Blaug 1985: 360-361; Eltis 1987: 279-280; Glyn 1987: 393; Mandel 1987b: 380; Gordon 1995: 397).

Algunos autores señalan que la mejor prueba de que la teoría del materialismo histórico es incorrecta es la propia influencia de las ideas de Marx, que aceleraron mucho más la historia que el desarrollo de las fuerzas productivas (las revoluciones que condujeron a la transición socialista en el siglo XX tuvieron lugar en países atrasados, como Rusia y la Europa del Este, Corea, Cuba o Vietnam, no, como Marx predijo, en los países capitalistas desarrollados). La actual revolución tecnológica indica, no obstante, que el desarrollo de las fuerzas productivas como variable independiente de la teoría del materialismo histórico sigue en pie. Desde el punto de vista de la historia del pensamiento económico, la crítica de Marx de la economía política clásica ayudó a la rápida aceptación del nuevo paradigma de la revolución marginalista en las décadas de 1870 y 1880. Además de esta influencia a contrario, el marxismo impactó en el institucionalismo americano y empezó a cobrar relevancia en el período de entreguerras: primero, a través de la teoría del capital monopolista y financiero, que, por medio de Sraffa, conectó con los teóricos de la competencia imperfecta de la escuela de Cambridge (Joan Robinson), preparando el terreno a la recuperación de la teoría clásica del valor; luego, cuando el desempleo masivo y las crisis económicas provocaron lo que Keynes denominó la primera crisis de la teoría económica, la teoría de las crisis cíclicas de Marx inspiró directamente el estudio de los ciclos por parte de Keynes y Schumpeter y la recuperación del enfoque macroeconómico. Es sintomático que durante una de las primeras experiencias de política keynesiana, el *New Deal*, Paul Sweezy, que luego fue principal economista marxista norteamericano, desempeñara un papel muy activo como asesor económico de Roosevelt. Marx influyó también en los trabajos de Schumpeter sobre el papel del

progreso tecnológico en el desarrollo económico, las tablas input-output de Leontief y la teoría del crecimiento. Finalmente, su pensamiento fue revitalizado por la economía política radical durante la segunda crisis de la teoría económica en la década de 1970 y estuvo en la base de los primeros debates sobre el trabajo doméstico y el patriarcado de la economía feminista (Bottomore 1984: 435-437, 497, 727; Kenway 1987: 106-107; Ekelund y Hérbert 1991: 483, 603; Rima 1995: 237, 566, 573-582; Screpanti y Zamagni 1997: 153; Landreth y Colander 1998: 173).

PALABRAS CLAVE: eudemonismo, consecuencialismo, moral deontológica, imperativo categórico, organicismo, industria infantil o naciente, economía política cosmopolita, fuerzas productivas, proletariado, garantismo, fragmentación, intercambio desigual, idealismo trascendental, idealismo y materialismo dialéctico, tesis, antítesis, síntesis, aproximación progresiva, libertad negativa, libertad positiva, alienación del trabajo, reificación o cosificación, ideología, materialismo histórico, darwinismo social, evolucionismo, proceso de trabajo, modo de producción, relaciones sociales de producción, conciencia de clase, mercancía, fetichismo de la mercancía, trabajo abstracto, trabajo vivo y muerto, trabajo socialmente necesario, ley del valor, fuerza de trabajo, circulación y producción simple de mercancías, circulación ampliada y producción capitalista de mercancías, plusvalía y explotación, plusvalía absoluta y relativa, tasa de plusvalía o explotación, problema de la transformación, composición orgánica del capital, reproducción simple y ampliada, crisis cíclicas.

BIBLIOGRAFÍA

- Argemí, L. (1987): *Las raíces de la ciencia económica. Una introducción histórica*. Barcelona.
- Backhouse, R.E. (2002). *The Penguin History of Economics*. Londres.
- Baczko, B. (1992): “Rousseau y su influencia”, en P. Ory ed. (1992: 73-84).
- Barbé, L. (1996): *El curso de la economía. Grandes escuelas, autores y temas del discurso económico*. Barcelona.
- Bartoli, H. (1987): “Proudhon, Pierre Joseph”, *NPDE*, 1035-1037.
- Bellamy, R.P. (1987): “Hegelianism”, *NPDE*, II, 635-636.
- Bharadwaj, K. (1987a): “Vulgar economy”, *NPDE*, IV, 830-832.
- (1987b): “Wages in classical economics”, *NPDE*, IV, 843-846
- Blaug, M. (1973): *Teoría económica de Ricardo. Un estudio histórico*. Madrid.
- (1985): *Teoría económica en retrospectiva*. México.
- (1987a): “Classical economics”, *NPDE*, I, 434-445.
- (1987b): “Iron law of wages”, *NPDE*, II, 1001-1002.
- Bonar, J. (1987): “Fichte, Joham Gottlieb”, *NPDE*, II, 317.
- Bose, A. (1976): *Economía política marxiana y postmarxiana*. Madrid.
- Bottomore, T. (1984): *Diccionario del pensamiento marxista*. Madrid.
- Boyer, G.R. (1998): “The Historical Background of the Communist Manifesto”, *Journal of Economic Perspectives*, 12 (4), 151-174.
- Bras-Chopard, A. le (1992): “Los primeros socialistas”, en P. Ory dir. (1992: 156-167).
- Cabrillo, F. (1997): “El ahorro en la historia del pensamiento económico: un debate inacabado”, *Papeles de Economía Española*, 70, 2-11.
- Caton, H. (1985): “The Preindustrial Economics of Adam Smith”, *Journal of Economic History*, 45(4), 833-853.
- Claeys, G. (1987): “Utopias”, *NPDE*, IV, 783-786.
- Cranston, M. (1997): *El romanticismo*. Barcelona.
- Desai, M. (1987a): “Profit and profit theory”, *NPDE*, III, 1014-1021.
- (1987b): “Value and price”, *NPDE*, IV, 789-792.
- (1987c): “Simple and extended reproduction”, *NPDE*, IV, 335-337.
- Dobb, M. (1974): “Pensamiento económico. Pensamiento socialista”, *EICS*, VII, 742-749.
- Eatwell, J. (1987a): “Competition: classical conceptions”, *NPDE*, I, 537-540.
- (1987b): “Natural and normal conditions”, *NPDE*, III, 598-599.
- Edgley, R. (1987): “Dialectical materialism”, *NPDE*, I, 830-833.2
- Ekelund, R.B. (1987): “Comte, Isodore Auguste Marie François Xavier”, *NPDE*, I, 562-563.
- y Hérbert, R.F. (1991): *Historia de la teoría económica y de su método*. Madrid.
- Eltis, W. (1987): “Falling rate of profit”, *NPDE*, II, 276-280.
- Engels, F. ([1892] s.f.): *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Moscú.
- Falkus, M. (1987): “Rodbertus, Johann Karl”, *NPDE*, IV, 218-219.
- Folbre, N. (1982): “Exploitation comes home: a critique of Marxian theory of family labour”, *Cambridge Journal of Economics*, 6, 317-329.
- Galbraith, J.K. (1989): *Historia de la economía*. Barcelona.
- Garegnani, P. (1987): “Surplus approach to value and distribution”, *NPDE*, IV, 560-574.
- Gilibert, G. (1987): “Production: classical theories”, *NPDE*, III, 990-992.
- Giner, S. (1982): *Historia del pensamiento social*. Barcelona.
- Glyn, A. (1987): “Marxist economics”, *NPDE*, III, 390-395.
- Gordon, S. (1995): *Historia y filosofía de las ciencias sociales*. Barcelona.
- Goulemot, J.M. (1992): “La política soñada”, en P. Ory dir. (1992: 46-52).
- Gregory, C.A. (1987): “Jones, Richard”, *NPDE*, II, 1035-1036.
- Guinzburg, A. (1987): “Ricardian Socialists”, *NPDE*, IV, 179-183.
- Hargreaves-Heap, S. y Hollis, M. (1987): “Determinism”, *NPDE*, I, 816-818.
- Harris, D.J. (1987): “Classical growth models”, *NPDE*, I, 445-449.
- Hunt, , E.K. y Glick, M. (1987): “Transformation problem”, *NPDE*, IV, 688-691.
- Jessop, R. (1987): “Mode of production”, *NPDE*, III, 489-492.
- Jones, G.S. (1987): “Dialectical reasoning”, *NPDE*, I, 833-836.
- Kenway, P. (1987): “Realization problem”, *NPDE*, IV, 105-107.
- King, J.E. (2003): “Non-Marxian Socialism”, en W.J. Samuels, J.E. Biddle y J.B. Davis (2003: 184-200).
- Landreth, H. y Colander, D.C. (1998): *Historia del pensamiento económico*. México.

- Larrère, C. (1992): “El hegelianismo”, en P. Ory dir. (1992: 178-183).
- Lefevre, H. ed. (1980): *Actualidad de Fourier*. Barcelona.
- Lichtheim, G. (1975): *Breve historia del socialismo*. Madrid.
- Löwy, M. (1992a): “Formación del pensamiento de Marx”, en P. Ory dir. (1992: 194-200).
- (1992b): “Marxismo de Marx, marxismo de Engels”, en P. Ory dir. (1992: 206-214).
- Lysandrou, P. (1996): “Methodological dualism and the microfoundations of Marx’s economic theory”, *Cambridge Journal of Economics*, 20 (5), 565-584.
- Macpherson, C.B. (1981): *La democracia liberal y su época*. Madrid.
- (1987): “Individualism”, *NPDE*, II, 790-793.
- Mailler, J.R. (1980): “Fourier y Marx”, en H. Lefevre ed. (1980: 209-253).
- Maloney, J. (1987): “Jones, Richard”, *NPDE*, II, 146-149.
- Mandel, E. (1987a): “Communism”, *NPDE*, I, 512-513.
- (1987b): “Marx, Karl Heinrich”, *NPDE*, III, 367-383
- Martel, M.U. (1974): “Saint-Simon”, *EICS*, IX, 421-423.
- Massari, R. (1980): “Charles Fourier y la revolución industrial”, en H. Lefevre ed. (1980: 59-80).
- McLellan, D. (1972): *De Hegel a Marx*. Barcelona.
- (1977): *Karl Marx. Su vida y sus ideas*. Barcelona.
- Meier, G.D. (1987): “Infant industry”, *NPDE*, II, 828-830.
- Montani, G. (1987): “Productive and unproductive labour”, *NPDE*, III, 1008-1010.
- Morfaux, L.M. (1985): *Diccionario de Ciencias Humanas*. Barcelona.
- Nove, A. (1987): “Socialism”, *NPDE*, IV, 398-407.
- O’Brien, D.P. (1987): “Ravenstone, Piercy”, *NPDE*, IV, 96.
- Okishio, N. (1987): “Constant and variable capital”, *NPDE*, I, 580-584.
- Oldroyd, D. (1993): *El arco del conocimiento. Introducción a la historia de la filosofía y metodología de la ciencia*. Barcelona.
- Ory, P. ed. (1992): *Nueva historia de las ideas políticas*. Madrid.
- Petri, F. (1987): “Rate of exploitation”, *NPDE*, IV, 66-69.
- Pivetti, M. (1987): “Distribution theories: classical”, *NPDE*, I, 872-876.
- Poulat, E. (1974): “Fourier, Charles”, *EICS*, V, 25-26.
- Reich, H. (1987a): “Müller, Adam Heinrich”, *NPDE*, III, 560-561.
- (1987b): “Hildebrand, Bruno”, *NPDE*, I, 655-656.
- Resnick, S. y Wolff, R. (1988): “Marxian theory and the rethorics of economics”, en A. Klamer, D.N. McCloskey y R.M. Solow eds., *The consequences of economic rethoric*. Cambridge, 47-63.
- Reuten, G. (2003): “Karl Marx: His Work and the Major Changes in its Interpretation”, en W.J. Samuels, J.E. Biddle y J.B. Davis eds. (2003: 148-166).
- Rima, I.H. (1995): *Desarrollo del análisis económico*. Madrid.
- Roemer, J.E. (1987): “Marxian value analysis”, *NPDE*, III, 383-387.
- Rojo, L.A. (1983): “La crítica de Marx a la economía política clásica”, *Papeles de Economía Española*, 17, 24-65.
- Roseberry, W. (1989): *Anthropologies, and Histories. Essays in Culture, History and Political Economy*. New Brunswick.
- (1997): “Marx and Anthropology”, *Annual Review of Anthropology*, 26, 25-46.
- Rousseau, J.J. ([1755] 1985): *Discurso sobre la Economía política*. Madrid.
- Salin, E. y Frey, R.L. (1974): “List, Friedrich”, *EICS*, VI, 658-661.
- Samuels, W.R. (2003): “Utopian Economics”, en W.J. Samuels, J.E. Biddle y J.B. Davis eds. (2003: 201-214).
- Biddle, J.E. y Davis, J.B. (2003): *A Companion to the History of Economic Thought*. Oxford (Blackwell).
- Samuelson, P.A. (1983): *Economía*. Madrid.
- Screpanti, E. y Zamagni, S. (1997): *Panorama de historia del pensamiento económico*. Barcelona.
- Schefold, B. (1987a): “Roscher, Wilhelm Georg Friedrich”, *NPDE*, IV, 221-222.
- (1987b): “Knies, Karl Gustav Adolf”, *NPDE*, III, 55.
- Schinzinger, F. (1987): “German historical school”, *NPDE*, II, 516-518.
- Semmler, W. (1987): “Competition: marxian conceptions”, *NPDE*, I, 540-542
- Shaikh, A. (1987a): “Capital as a social relation”, *NPDE*, I, 333-336.
- (1987b): “Abstract and concrete labour”, *NPDE*, I, 9-10.
- (1987c): “Exploitation”, *NPDE*, II, 249-251
- (1987d): “Organic composition of capital”, *NPDE*, III, 755-757
- (1987e): “Surplus value”, *NPDE*, IV, 574-576.

- Soubbotnik, M. (1992): “La izquierda hegeliana”, en P. Ory dir. (1992: 188-194).
- Spiegel, H.W. (1987a): “Hamilton, Alexander”, *NPDE*, II, 587-588.
- (1987b): “National system”, *NPDE*, III, 597-598.
- (1987c): “Carey, Henry Charles”, *NPDE*, I, 370-371.
- Sotiroff, G. (1974): “Sismondi, J.C.L. Sismonde de”, *EICS*, IX, 673-675.
- Sowell, T. (1987): “Sismondi, Jean Charles Leonard Sismonde de”, *NPDE*, IV, 348-350.
- Stromberg, R.N. (1991): *Historia intelectual europea desde 1789*. Madrid.
- Surányi-Unger, T. (1974): “Pensamiento económico. La escuela histórica”, *EICS*, VII, 749-751.
- Thiebaut, C. (1998): *Conceptos fundamentales de filosofía*. Madrid.
- Thompson, N.W. (1987a): “Owen, Robert”, *NPDE*, III, 785-786.
- (1987b): “Thompson, William”, *NPDE*, IV, 632-633.
- (1987c): “Bray, John”, *NPDE*, I, 274-275.
- (1987d): “Gray, John”, *NPDE*, II, 562-563.
- (1987e): “Hodgskin, Thomas”, *NPDE*, II, 666-667.
- Thomson, R. (1987): “Primitive capitalist accumulation”, *NPDE*, III, 963-966.
- Tribe, K. (1987a): “Saint-Simon, Claude-Henri de Rouvroy”, *NPDE*, IV, 232-234.
- (1987b): “List, Friedrich”, *NPDE*, III, 216-218.
- (2003): “Historical Schools of Economics: German and English”, en W.J. Samuels, J.E. Biddle y J.B. Davis eds. (2003: 215-230).
- Vaggi, G. y Groenewegen, P. (2003): *A concise history of economic thought. From Mercantilism to Monetarism*. Houndmills (Palgrave MacMillan).
- Vermal, J.L. y Atienza, M. (1983): “Introducción”, en K. Marx, *En defensa de la libertad. Los artículos de la «Gaceta Renana» 1842-1843*. Madrid, 9-22.
- Vianello, F. (1987): “Labour theory of value”, *NPDE*, III, 107-113.
- Vivo, G. de (1987a): “Labour process”, *NPDE*, II, 88-89.
- (1987b): “Prices of production”, *NPDE*, III, 960-961.
- Wolff, T. (1987a): “Blanc, Louis Joseph Charles”, *NPDE*, I, 252-253.
- (1987b): “Fourier, François Marie Charles”, *NPDE*, II, 414.
- Waterman, A.M.C. (1998): “Reappraisal of *Malthus the Economist, 1933-97*”, *History of Political Economy*, 30 (2), 293-334.